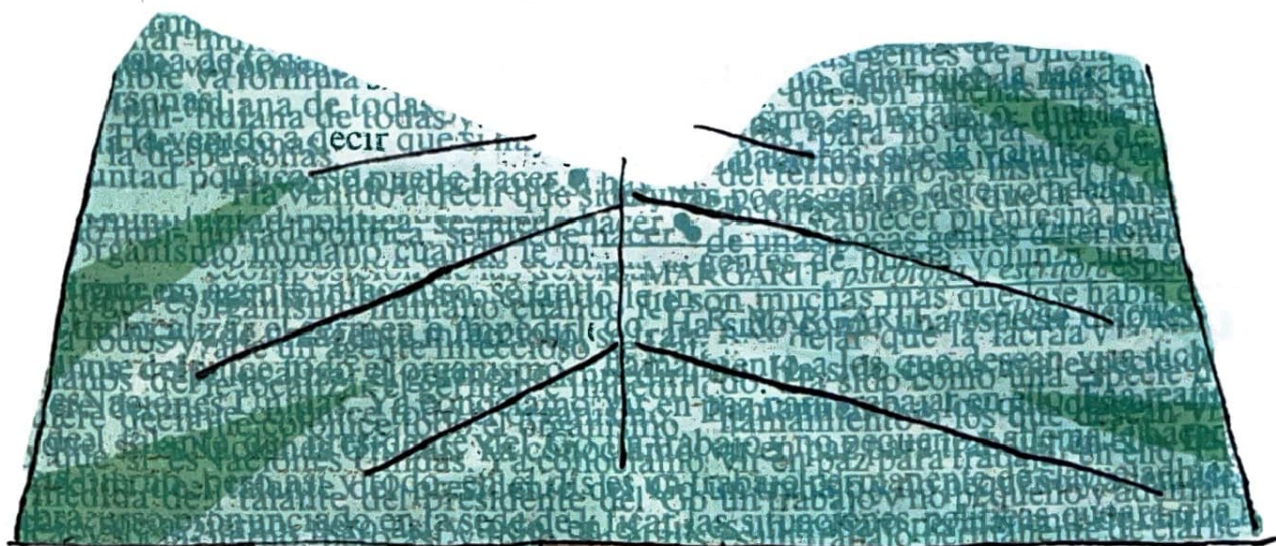


# EL LOBO FERROZ Y EL VALIENTE CAZADOR



Érase una vez un niño que vivía en una cabaña en el bosque, con su padre, que era cazador, y su madre, que hacía de todo: cocinaba, lavaba, planchaba, hacía la limpieza, cosía, se aburría y suspiraba. Y érase una vez, también, un lobezno que vivía en una cueva de ese mismo bosque, con toda su familia, pues a los lobos les gusta vivir en comunidad, es decir, en manada.

El chiquillo jugaba con otros niños que aparecían por allí: los hijos del leñador, la hija de la lavandera, el nieto del vendedor ambulante, una niña que a veces se perdía



en el bosque recogiendo  
frambuesas...

El pequeño lobo jugaba  
con otros lobeznos parecidos a él,  
hermanos y primos, algunos de la  
misma camada, otros mayores,  
otros menores. Se divertían  
con juegos de rodar por el suelo,  
de revolcarse por todos lados...

47

A veces, por la noche, el padre  
o la madre contaban cuentos  
al niño al amor de la lumbre.  
Y esas historias tenían siempre  
un lobo feroz. Podían hablar  
de cerditos, de Caperucita Roja  
y de otras muchas cosas; pero ya  
se sabe, de repente, aparecía un  
lobo feroz que gruñía, resoplaba,  
se enfurecía, derribaba casitas,













y tenía unos ojos tan grandes y también una boca tan grande que solo buscaba comerse a los niños.

A veces, también por la noche, en la cueva, al pequeño lobo le costaba dormirse y se quedaba escuchando los cuentos que los lobos más viejos se contaban unos a otros. Y esos cuentos



siempre tenían a un cazador  
malvado. Podían hablar  
de arroyos limpios, de campos  
inmensos y de otras muchas  
cosas; pero, ya se sabe,  
de repente, aparecía un cazador  
que ponía trampas, les disparaba



y arrancaba la piel de los lobos que había matado.

Cuando el niño creció un poco y ya podía salir solo, pedía permiso:

—Mamá, ¿puedo jugar en el bosque?

52

Y su madre siempre respondía:

—Claro que puedes, pero ten cuidado, hijo mío. No vayas muy lejos. Puede haber algún lobo por ahí.

Cuando el lobezno creció un poco y ya podía salir solo, pedía permiso:

—Mamá, ¿puedo jugar en el bosque?

Y su madre siempre respondía:

—Claro que puedes, pero ten cuidado, hijo mío. No vayas muy



lejos. Puede haber algún cazador por ahí.

Y ellos no iban muy lejos. Pero como vivían en el mismo bosque y estaban creciendo, sus pasos eran cada vez más largos y se acercaban cada vez más.

53

Hasta que un día...

Un día, el niño estaba distraído, un poco alejado de casa, y pisó una rama seca que crujió.

Entonces, el lobezno, que también estaba por allí, distraído y un poco alejado de casa, oyó el crujido, se llevó un susto y gruñó. Y, en ese momento, los dos se volvieron y se miraron. De repente. Frente a frente.











Cada uno puso  
una de las caras más raras  
que alguien puede poner:  
cara de miedo, de mucho miedo,  
de verdadero pavor. Y las caras  
de pavor eran tan pavorosas  
que el lobezno se fue corriendo  
en una dirección y el niño tomó,  
también corriendo, la contraria.

Al llegar a casa, el niño contó:  
—Encontré a un lobo en  
el bosque, pero sintió tanto  
miedo al verme que se fue  
corriendo.

Al llegar a la cueva, el lobezno  
contó:

—Encontré a un cazador en el  
bosque, pero sintió tanto miedo  
al verme que se fue corriendo.



Quienes escuchaban no se creyeron demasiado lo que decían. Pero lo más importante es que los dos sí se lo creían. O eso parecía. Porque, desde ese día, cuando quiere ir al bosque, el niño mete las manos en los bolsillos





y sale silbando y tarareando  
aquella canción:

—«¿Quién le teme al lobo  
feroz, al lobo, al lobo?

¿Quién le teme al lobo feroz?».

Y el lobezno, cuando quiere  
permanecer despierto por  
la noche, estira mucho el hocico  
hacia la luna y aúlla:

—¡Se fueeeeeeeeeee!

¡Huyóóóóóóóóó!

¡Fui yoooooooooooo!